POESIA COSTARRICENSE CONTEMPORANEA

En el ámbito de la densa poesía centroamericana contemporánea, la lírica contarricense empieza a dar claros signos de su mayoría de edad. Así se comprueba si se mira desde la altura de nuestra época, enriquecida con realizaciones no sólo de las generaciones últimas, sino también con el aporte de aquellas que tocan en su origen las fronteras lejanas y tan recientes del modernismo.

Al hablar de poesía costarricense, el adjetivo *contemporánea* es casi un epíteto, pues es sólo en el período que va desde principios del siglo —momento que coincide con la introducción del modernismo— hasta nuestros días, que logra desarrollarse en Costa Rica una auténtica lírica. Hecha la inevitable excepción de Aquileo J. Echeverría, nuestro gran poeta de lo vernáculo, la producción poética finisecular fue un largo y abundante crepúsculo de coloraciones románticas sin médula genuina, sin valor expresivo. Así, en realidad, la poesía costarricense empieza a separar la claridad de la sombra con Roberto Brenes Mesén, y concretamente con la publicación de su primer libro *En el silencio,* en 1907. En la obra de este poeta se da una tentativa de avance desde la posición modernista —a él se le considera el introductor de este movimiento— hacia las nuevas tendencias de vanguardia.

Pero ese tránsito, que prevé e intenta Brenes Mesén, no lo dará con agilidad y precisión la lírica costarricense. El modernismo prolonga su agonía a través de un posmodernismo agotado que ocupa el lugar importante y decisivo que le correspondía a la poesía de vanguardia. Y esa evolución truncada determina el retraso de toda la poesía contemporánea. No hubo un movimiento poético que estableciera la unión natural entre la tradición y lo nuevo, y todas las generaciones posteriores a la modernista —incluida la inmediata, de la que nos ocuparemos más adelante— han tenido que resolver difícilmente los problemas derivados de esa ruptura en el desarrollo, de ese peligroso vacío en la tradición.

Para explicar con claridad este fenómeno habría que señalar varios factores, entre los cuales uno de los más importantes sería la relación poesía y sociedad. La historia de la evolución de la poesía en Costa Rica es en realidad la historia de la tensión y el choque del intento renovador con un medio impermeable y hostil, aferrado a la tradición, y destructor pasivo de los intentos de cambio. Por otra parte, la condición interior, cerrada, de dirección hacia adentro, de lo costarricense, esa condición de armoniosa isla cultural que ha sido Costa Rica, y especialmente el Valle Central, le ha restado a nuestra lírica el sentido de universalidad. No tanto en el aspecto de temas y motivos, sino en el de la sintonía cordial con el mundo, en la necesaria fertilización espiritual que en otros climas ha producido obras extraordinarias, como —para señalar un caso— en la poesía nicaragüense. Cabe observar que los poetas que han realizado obra madura importante, en alguna forma han recibido un impulso asimilador fuera de Costa Rica: así, por ejemplo, Eunice Odio, Alfredo Cardona Peña, Isaac Felipe Azofeifa, Arturo Echevarría, Fernando Centeno.

La generación poética inmediatamente posterior a la modernista, que debió realizar una obra joven de vanguardia, no logró dar una batalla abierta al difícil medio dominador. Los poetas se repliegan, se reúnen en pequeñas tertulias, publican raramente, hacen de la poesía un oculto objeto subversivo, y algunos deciden abandonar el país y buscar mejores horizontes. Todo esto retrasa la influencia y el destino de sus obras, que se realizan tardíamente, cuando ya las generaciones posteriores empezaban a publicar. Sin embargo, a pesar del retraso, o por lo mismo, la obra que realiza esta generación es de gran importancia, y si no pudo ser el necesario soporte de la poesía nueva, sí vino a darle la contribución madura de la experiencia y de la calidad.

Esta generación comprende los poetas nacidos de 1900 a 1917, grupo que se abre con Max Jiménez (1900-1947), y se cierra con Alfredo Cardona Peña (1917). Su característica más importante es que todos sus miembros se inician en el modernismo o posmodernismo, y evolucionan lentamente hacia un concepto personal de la poesía, gracias al influjo de las corrientes de vanguardia. Esa evolución fue tardía, lenta y distinta en cada poeta. Fue una época de crisis y desconcierto, pues a las razones ya señaladas se une la de que no hubo un poeta mayor de avanzada que sirviera de guía a los jóvenes. Quien realizó en parte esa tarea fue Rogelio Sotela, gran promotor de las letras, pero conservador del espíritu poético modernista. No es sino hasta mucho tiempo después que cada uno realiza dolorosamente la labor de cortar el cordón umbilical que lo sujetaba al moder-

nismo y de orientarse a tientas en un medio impermeable a la renovación de la poesía moderna.

La obra madura que produce esta generación es tardía (Cardona Peña publica su primer libro, *El mundo que tú eres,* en 1944), casi yuxtapuesta a la de la generación siguiente —que en parte por el vacío de la anterior es una generación frustrada, casi perdida—, e incluso a la posterior. Hasta entonces, y con el aporte conjunto de tres generaciones, no se decreta el paso de la poesía costarricense a las grandes tradiciones modernas: simbolismo, surrealismo, etc. Los intentos de Rafael Estrada, los de Adilio Gutiérrez y quizá también los de Ricardo Segura, fueron prematuros y malogrados. La obra de Max Jiménez fue muy grave. Carlos Luis Sáenz, que se distingue en la adecuada asimilación de la corriente neopopularista, casi no publica libros de poesía. La poesía de Amighetti está aún casi totalmente inédita. Los poetas más notables de esta generación, que producen después obra madura, no dieron con soltura el paso hacia posiciones de avanzada. Aún los últimos —nacidos de 1912 a 1917— se inician y pasan su primera juventud escribiendo poemas modernistas, cuando ya el surrealismo paseaba triunfalmente por el mundo. La única tendencia nueva que pareció abrirse camino fue el neopopularismo, como se comprueba en Carlos Luis Sáenz y en Fernando Luján. El poeta Azofeifa, a su regreso de Chile, había intentado la introducción del surrealismo, pero no recogió la obra de ese período, y no publica hasta 1958 su primer libro, *Trunca unidad,* cuyo título revela la desgarradura poética de su generación.

La generación siguiente (1917-1927) empieza a producir y a editar cuando no se había publicado la obra importante de la generación anterior. Es esta una generación poéticamente desamparada, indecisa. Muchos de sus representantes pronto dejan de escribir o producen demasiado poco. De allí el nombre de *generación perdida,* aplicado también a la generación siguiente, o a ambas indistintamente, como si formaran una sola. Estos poetas sí se inician ya en el vanguardismo y presentan la impronta determinante de Lorca, Vallejo, Neruda, Juan Ramón Jiménez. Desafortunadamente, no todos lograron una obra coherente con asimilación de esas influencias. La obra más representativa y excepcional de este grupo es la de Eunice Odio. Algunos de los poetas que siguen escribiendo, como Alfredo Sancho, Arturo Montero, Salvador Jiménez, Eduardo Jenkins, no han realizado todavía su obra madura, pero ésta puede esperarse.

Los poetas de la cuarta generación, al encontrarse desubicados y sin una tradición continuada donde apoyarse, empiezan a dar muestras de mayor conciencia de los problemas de la poesía moderna, y de

cómo puede intentarse una asimilación de tendencias universales, sin quedarse en una de ellas. Hay mayor conciencia del oficio, del quehacer poético. Desde sus primeros libros se señala el esfuerzo por integrar elementos de las grandes tradiciones contemporáneas a la poesía costarricense. En orden cronológico: Mario Picado, Virginia Grütter, Raúl Morales, Jorge Charpentier, Carlos Luis Altamirano, Ana Antillón, Carlos Rafael Duverrán.

Jorge Debravo (1938-1967) establece el puente entre esta generación y la siguiente, que se inicia con los *poetas de Turrialba,* grupo fundado por él. A su grupo se debe un verdadero despertar del interés por la poesía entre los jóvenes, que en algunos empieza a dar obra juvenil de importancia, como en Julieta Dobles, Alfonso Chase y Rodrigo Quirós. La labor de los más jóvenes, que formarán un sexto grupo, promete mucho por la conciencia y el empeño que revela.

En nuestros días se unen los esfuerzos y los resultados de varias generaciones. El retraso de la evolución poética tiene otra cara en su medalla: a la contribución de las generaciones jóvenes viene a unirse la obra madura y joven de otros poetas anteriores. Ya en la década del 50 los poetas empiezan a publicar libros que entrañan un nuevo planteamiento, que representan una renovación lírica en un medio todavía no preparado para la sensibilidad poética moderna. Desde esa lucha y desafío arranca la nueva poesía costarricense.

En la brevísima antología que servirá de complemento a estas notas daremos algunas muestras de los poetas más representativos de la generación posmodernista, por considerar que con ellos empieza el panorama de la nueva —y auténtica— lírica de Costa Rica.

CARLOS RAFAEL DUVERRAN

Universidad de Costa Rica
Departamento de Filología
SAN JOSE (COSTA RICA)

FRANCISCO AMIGHETTI

Nació en San José en 1907. Ha viajado por Sudamérica, Estados Unidos y Europa. Artista de gran sensibilidad, ha dedicado sus mayores esfuerzos a la pintura.

Amighetti ha expresado sus impresiones sobre la vida y el arte en sus poemas, que empezó a publicar en revistas desde los veinte años, y en sus libros de prosa poética *Francisco en Harlem* (1947), *Francisco y los caminos* (1963) y *Francisco en Costa Rica* (1966).

Por la estilización de los temas y la fina sensibilidad impresionista de su poesía —donde se descubre el ojo del pintor— la poesía de

Amighetti consigue una depurada expresión lírica, de esencias modernas. Y revela la serena asimilación de elementos de la cultura contemporánea.

Obra poética: *Poesía* (1936), *Francisco en Harlem* (1947), *Francisco y los caminos* (1963), *Francisco en Costa Rica* (1966).

TALLÉ TUS INICIALES

Tallé tus iniciales en el tronco de los árboles
y grabé con la cuchilla simbólicas fechas.
Yo le confié a los bosques el secreto del nombre,
el árbol mientras viva lo llevará en el pecho.
En soledad de pájaros, trabajé cada letra,
fue mi primer poema el poema de tu nombre.
Después que vi el Océano y los puertos y el mundo,
hallé que los marinos lo escriben en las barcas,
lo esculpen en las proas salpicadas de mar,
lo tatúan en los brazos con sirenas y anclas
igual que yo en la infancia lo hice en la montaña,
tu nombre, hoy tan lejano de mi primera edad

LLUEVE EN NUEVA YORK

Llueve en Harlem, las ventanas iluminadas
miran absortas caer el agua.
También ahora en junio en Centroamérica
los paisajes son verdes húmedos y esmaltados,
y las lluvias encierran con murallas de plata
la ciudad donde vive mi recuerdo apresado.

Por la ventana abierta por donde ve la luna
hoy mira los relámpagos cruzar por la montaña,
y sus grandes pestañas temblarán como palmas.
Sus hombros delicados descansando en la silla,
sus manos fatigadas durmiendo en su regazo,
así la dibujaba cuando estaba a mi lado,
y hoy la miro esta noche desde aquí desde Harlem,
esta noche lluviosa de ventanas doradas.

EL ARBOL DEL SANATORIO

Se sentaba a respirar la primavera
frente a su cuarto, en aquel Sanatorio de Alburquerque,
un arbolito verde estaba allí, plantado para ella.

En el otoño sale a veces al patio,
el arbolito es de oro, días después es de cobre.
Ahora en el invierno ella casi no sale,
el arbolito es un esqueleto delicado
frente a su ventana llena de frascos.
Ella piensa con sus ojos celestes
en su juventud cautivada, clausurada,
y en aquel arbolito que muy pronto
será verde otra vez como sus ansias.

FERNANDO CENTENO

Nació en San José en 1908, y en esta ciudad cursó la primera y segunda enseñanza. En España y Francia estudió Pedagogía Especial.

Fernando Centeno se inicia en la tradición modernista, pero evoluciona a una posición avanzada en la búsqueda de temas y formas de la poesía moderna. Como otros poetas de su generación, procura integrar a nuestra lírica una visión más honda y universal. Su poesía madura, de temas profundos y gran riqueza de imágenes, está elaborada sobre una visión personal de la existencia y del hombre.

Obra poética: *Lirios y cardos* (1926), *La mendiga del pinar* (1927), *Carne y Espíritu* (1928), *Poesías* (1928), *Angelus* (1932), *Evocación de Xande* (1950), *Signo y mensaje* (1950), *El ángel y las imágenes* (1953), *Ensayos poemáticos* (1961).

NACIMIENTO

¿Cómo contarte la leyenda blanca
que relatan los pájaros?

Es el alba primera del mundo.
Ciervos de plata y sombra
abrevan tiernas claridades,
aprenden su canción humilde los insectos
y en el cielo florece la rosa de las aves.

Fue la luz, y fue el trino,
la luz se hizo música en largas edades.

El viento
ara la Tierra con sus bueyes impalpables.
Es claro y limpio, en el primer día del mundo,
el aire.

Corren las aguas a llenar la concha
sonora de los mares
y el laberinto donde los moluscos
han ido a refugiarse...
Nacientes margaritas
intentan el suicidio de sus pétalos.
De viento y verdes formas trémulas,
vístense los bosques y los valles.
Juegan a mecer su sombra
los primeros árboles.

Redención de la vida,
sueño de ser libre dentro de la cárcel.
En una misma lengua
proclaman libertades
la hoja, la piedra y el pez.
Las fieras levantan sus fauces
y rugen a un cielo de génesis
poblado de mundos estelares.

El hombre fue nacido.
El blanco y el de la noche en el cuerpo.
En su pupila, el blanco,
bebió luces y paisajes,
el otro, desgarró su boca en una blanca herida
al descubrir su ritmo autóctono
y la dócil flexibilidad de su talle.

Fue nacido tu cuerpo.
Entre ríos de miel
y océanos lunares,
tu cuerpo,
—flor primera de carne—
y tu vida,
y tu sangre.

Tu palabra guardada,
habla de siglos que duran instantes,
de caracoles que esperaron siglos
para tener sus cuernos ágiles.

Tu cuerpo,
cubierto de sonidos.
El mar en ti con sus amargas sales.
Ríos en tu mano
inician su corriente detenida
y cinco pájaros vuelan
cuando tu mano se abre.

En tu piel, rosas de ébano
—húmedos oasis—.
Junto a la estrella perfecta de su sueño,
mi ternura se tiende a contemplarte.

Sobre la tierra aún no ha florecido la muerte.
El hombre todavía ignora su mensaje.

Historia de los pájaros
que aplauden tu sueño desde el aire.

Yo comprendo el génesis del mundo
cuando empieza tu cuerpo a despertarse.

ARTURO ECHEVARRIA LORIA

Nació en San José en 1909. Residió varios años en los Estados Unidos y en México. Murió en 1966. Arturo Echeverría, uno de los poetas notables de su generación, fue además un fino crítico de arte y un generoso propulsor de las letras.

Su poesía, que revela asimilación de esencias de la poesía europea contemporánea, desarrolla en largas estructuras sus símbolos y su visión de la naturaleza.

Obra poética: *Poesías* (1937), *Juan Rafael Mora, el héroe y su pueblo* (1956), *Fuego y tierra* (1963), *Himno a la esperanza* (1964), *Elegía en una lágrima* (1965).

NADA

En el caracol y la hoja, en la corteza del árbol,
en mi piel y los celajes y las montañas,
hay siempre una mirada que toca hasta las piedras,
que lleva la angustia y la muerte encerradas,
y hasta el polvo antiguo del camino se llega,
para ser polvo en el polvo y después nada.

LA PREGUNTA

(fragmento)

IV

Puede ser una violeta,
o una flor ignorada...

Es una mano de pétalos.
Es un seno pequeño como una copa de agua.
Es la voz, la queda voz que dice
una pequeña palabra...

Es la misma palabra repetida
que no necesita labios para hablarla.

Ven, es la sonrisa,
en la mano junto a mi mano,
en la tranquila gruta del oído
que tu voz aguarda.

V

Por los acantilados grises amantes de la espuma,
por el ruido de olas golpeando
en los vientres de los barcos de carga,
por las paredes agrietadas de las barcas
y de las casas abandonadas;
por los minerales y las piedras y el polvo,
por el paso de sombras ***y nostalgias,***
por mi ruta perdida,
estoy buscando mi alma...

Si encuentro un alfiler caído,
un vidrio roto, una hoja de papel escrita a mano,
busco esa mano invisible en la esperanza.

Si encuentro la tierra en espera de la lluvia,
y la nube alocada bajo el ala de un pájaro,
quiero aprisionarlas en mis ojos
para hacer una lágrima.

Si en el camino me detiene el sueño
y en él me hundo hasta la sangre
dejadme en soledad, que estoy buscando mi alma.

Cuando el humo imita a la nube,
cuando la noche se dice a sí misma palabras de amor
y se encuentran los amantes bajo las estrellas,
dejadlos, que están buscando su alma.

En las rocas de los días el tiempo se resquebraja.

En las tonalidades de la sombra
y en la caída de la gota de agua,
hay un hilo invisible de almas solas,
unidas en la esperanza.

Deja que corra el ruido de todas las cosas
y despierte la noche.

Deja el golpe del mar, y el vino en los toneles
entre las bodegas húmedas;
deja los sótanos pelearse un rayo de luz
para vestir fantasmas.

¡Escucha el oído de Dios cómo busca la muerte!
¡Estad atentos al canto y a la lágrima!

ISAAC FELIPE AZOFEIFA

Poeta, ensayista y crítico de vasta cultura y fina sensibilidad. Nació en 1912 en Santo Domingo de Heredia. Hizo sus estudios superiores en el Instituto Pedagógico de Chile.

Su poesía evoluciona del posmodernismo a una posición avanzada, gracias a la asimilación de grandes tradiciones a través de la poesía chilena contemporánea, en la que se reeduca, y cuyas posiciones se esfuerza por incorporar a la poesía costarricense. Más tarde sigue su propia evolución de depurado subjetivismo. Gracias a su evidente dominio del idioma y a su fina permeabilidad para la vida contemporánea, Azofeifa consigue una poesía viva, rica en matices expresivos y llena de interés humano.

Obra poética: *Trunca unidad* (1958), *Vigilia en pie de muerte* (1961), *Canción* (1964), *Estaciones* (1967), *Días y territorios* (1969).

NO ENCUENTRO DONDE REPOSAR

He sido, soy, seré, posiblemente para siempre
lento, ininteligible, oscuro,
como de espesa sombra, a duras penas, proviniendo,
y aun a veces vago, indeciso,
siempre extraviado,
solo entre cosas extrañas,
y asediado de seres sin nombre todavía y sin lenguaje,
que, por lo tanto —oidlo, por lo tanto—, nacen
y se alargan huyendo dentro de mí mismo.

Y entonces no encuentro dónde reposar,
ni un rincón en mí, ni una pared
donde escribir mi nombre,

y sin embargo, yo sigo existiendo, y me incorporo
y grito
sin oírme, Isaac Felipe, tres veces, corriendo,
por entre el bosque de hostiles nombres que me rodean
y que me deben, me deberán por siempre, el haber nacido
tal como definitivamente serán, una vez que haya amanecido
la lenta luz que siempre llega, a duras penas.

CADA DIA UNA NUEVA ROSA

Con las extintas lilas muero un poco,
y la rosa me trae cada amanecer al mundo.

El poema que hago no es el término
ni el principio de nada. Sólo espero
estar más cerca de mí, más cerca aún del hombre,
que está siempre tan lejos.

Yo sé cuándo es que el verso deja de ser verdad
y cuándo ya no es más que espesa letra.
Sobre la luz aún no sé nada. Y de la oscuridad,
la nocturna presencia de algún dios es mi confianza.

No es mío el buscar, el interrogar no es mío.
Es pasión del hombre en mí, pues pertenezco
a la familia de la angustia, al grupo
que duda y crea y que sabe qué tarea durísima
es llegar a ser libre, para un hombre.

Yo no nací para imponer ideas,
sino para verlas crecer en mí,
y creo que su alimento es la sangre.
La sangre, y no la muerte.
Su alimento es el corazón encrespado de olas
golpeando como un mazo la campana del pecho.

No hay palabra que diga el gozo
de sorprender todos los días del mundo
un pensamiento nuevo en mí,
—creencia, asombro, imagen—,
y en ti, y en él, y en ella, y en vosotros,
y en aquellos que saludan de lejos,
con las manos en alto, las cabezas en alto,
hombres libres.

Con las extintas lilas muero un poco,
y cada amanecer me trae una rosa nueva.

VUELO

Va y viene, desciende, sube, se detiene,
se lanza, se contiene.
Ahora duda, vacila.
Ahora se atreve, afronta, huye;
ahora vuelve.
Aquí está de nuevo en vilo, el ala frágil presa
de la inquietud inmóvil de la vela en el mástil.

Danza en la luz, resbala, juega, enciende
un cenit de reflejos,
una mirada azul entre los árboles.
El mundo gira nuevo en cada instante.
El día es siempre joven.
El paisaje se suma a la aventura
y se empina lo muerto y lo pesado
gravitando hacia el pulso de su vuelo.

¡Ah, mariposa, vive!
¡Vive profundamente, mariposa!

Pero hoy la luz se ha quedado sola,
vacío el aire, el árbol sin latido,
apagada la íntima fragua de los colores.
Un monótono son se suicida en el agua,
y hasta el día decae tropezando
con las ruinas del mundo.

Ah, mariposa, vuelve,
eternamente vuelve, mariposa.

ALFREDO CARDONA PEÑA

Nació en San José en 1917. Desde 1938 vive en México. Se ha dedicado al periodismo, ha sido profesor de literatura y colaborador de varias empresas editoriales.

Hombre de vida intelectual intensa y brillante, ha cultivado el ensayo, el cuento, la poesía, el teatro. Por su capacidad de asimilación de culturas, la gran riqueza de expresión y profundidad temática, su poesía es una contribución importante al desarrollo de la poesía contemporánea costarricense y centroamericana. El dominio en el uso de las formas, tradicionales y libres, así como la riqueza de imaginación en el tratamiento de los temas caracterizan su poesía, siempre en constante evolución.

Obra poética: *El mundo que tú eres* (1944), *Valle de México* (1949), *Poemas numerales* (1950), *Los jardines amantes* (1952), *Primer paraíso* (1955), *Poema nuevo* (1955), *Poesía de pie* (1959), *Oración futura* (1959), *Mínimo estar* (1959), *Poema a la juventud* (1960), *Poema del retorno* (1962), *Cosecha mayor* (antología, 1964), *Confín de llamas* (1969).

POEMA A FLORENCIA

Nadie que te haya mirado
podrá ignorar el vuelo de la escultura sobre un lirio,
el adiós de la tarde al despedirse con un beso junto a las piedras,
contemplar otro sitio
sin advertir la ausencia de tu esmerada intimidad,
porque acaso la definición de tu alma
sea el festejo de las manos cuando instalan paloma en el tiempo,
complaciéndose en lo absolutamente realizado.
Otras habitaciones
ofrecen la vertiente luminosa de los imperios,
el paso de los arcos sobre fuerzas movibles y sonoras,
jardines coronados de altura, edificios como esqueletos transparentes.
Pero tú, que fuiste hecha para ilustrar los himnos de la historia,
sirviendo de inspiración a varones
para quienes la vida tenía el significado de la aurora,
tienes el sello delicado y monumental de los oficios,
un encanto de puerta muchas veces tocada en silencio,
lo que emana de las formas si la paciencia, el amor,
la reiterada verificación del aliento
resbalan sobre ellas, imprimiéndoles
el milagro silencioso de la belleza.
En tus alrededores ha quedado prendida una música antigua,
como cuando las abejas, atravesando la noche,
se detienen temblando en los bosques para ellas más amados,
y en tus salas, donde la sabiduría ejerció sus dominios,
se recuerda, por asociación de rumores,
un movimiento afanoso de plumas que al moverse,
dejaban para siempre la fervorosa huella de sus signos:
al mismo tiempo que el mármol,
el idioma tocabas como un instrumento de finísimas cuerdas,
del que salieron, para asombro de los humanos,
algunos de los monumentos que la eternidad apadrina.
Florencia, sólo tu nombre es un deleite para los labios,
fruto de madurada miel donde el arte, cantando,
discurre suavemente, con la callada insinuación de los ríos.
Eres como una frente sosegada, como el cuerpo
satisfecho del amante cuando reposa en su delicia,
y desde tus colinas, bañadas por la claridad del estío,
mientras el Arno como un pastor va contando sus nubes,

se puede contemplar la serena eficacia de tu espíritu
y oír tu corazón, pensativo como una campana antes del alba.
La tierra, que tiene ciudades numerosas como sus batallas,
que en Oriente prepara las cosechas indetenibles del futuro,
te conserva como una verdad rescatada al olvido,
como una columna sosteniendo el armonioso cuerpo de la gracia,
plenitud y ventura regalando al viandante.
Cuando el mundo organice tus victorias, cuando la paz
se derrame como la cabellera de una madre sobre sus hijos,
seguramente, por los merecimientos de tu equilibrio.
y tu clima materno, propicio a los olivos,
serás como el templo reservado a las vocaciones del encanto,
donde las horas, dedicadas por entero al gozo de crear,
a la orilla de tu manto crecerán como rosas altísimas,
decorando el afán de los hombres como ramos de laurel generoso,
oh reina de las moradas clásicas, guardiana de los ornamentos del cielo.

SONETO XCVI

Comprendo: yo no puedo vivir bajo sus guardias,
ni bañarme en el río que consoló mi espina,
ni tocar otras flautas que las de mi insurgencia.
Todo lo que yo fui transcurrió como el agua,
fue barrido en el viento que clausura las horas
para abrir la sorpresa de los verdes racimos.
Yo sé que todo, todo, se resuelve en mañanas
y el pasado no existe más que para enterrarlo.
Es tarde para andar suscitando neblinas,
es hora de anunciar nuevo amor en el fuego.
La patria que otros gozan yo la siento como algo
que está en mí como el traje, la voz o las pestañas
Nada conservo de ella, sino muertas profundas,
pero de su vacío se abastece mi canto.